

CRÓNICAS DE UN PADAWAN Pedro L. Toledo



EL BALCONCILLO

Javier del Castillo



De la Independencia de Cataluña, digo Catalunya

Se suele decir que en esta vida solo hay un verdadero fracaso: la incapacidad de intentarlo. Así el señor Mas, una mañana cuando se acercaba la Diada, vio que el peso de recomponer los jirones de lo que un día fue una de las regiones más ricas de Europa, después del paso del Katrina, digo del Tripartito, aumentaba sobre sus hombros, con lo que pensó ¿por qué no intentarlo?

Así, como si fuera un marinero buscando vientos, sacó su dedo, se lo metió en la boca y lo extendió para notar el frescor y ver de dónde venía el asunto. Con el temor de que alguno cogiera su dedo y se lo metiera por otro sitio, empopó hacia la corriente favorable y se lanzó a la arena.

Pero la arena, como la vaca, no era una arena cualquiera, mataba moscas con el rabo, que arena más salada, dolón dolón. Era una arena, soberanista e independentista, con gente muy respetada y respetable, batiéndose en ella y considerando que existe una solución independentista para Cataluña, digo Catalunya (cachis, se me ha escapado la ñ, en qué coño estaría yo pensando).

“Son buena gente que viven, laboran, pasan y sueñan” y que cada mañana, van a su trabajo, a su pequeña empresa, a la cola del paro. Para ver, observar y sufrir como una gran parte de su esfuerzo y de sus penurias se escapan por el sumidero del “café para todos”.

“Café para todos”, ese inmundo albañal del macro estado sin sentido con que nos han dotado los partidos políticos, para mayor gloria de estómagos agradecidos, tragones de las fiestas, e incapaces que perdieron cargos pero no sueldos y que año tras año, elección tras elección crece y crece, pese a que la arqueta ya no traga tanta porquería, y la mierda campa a sus anchas, emponzoñando nuestras vidas, que no las suyas.

Y claro, ese humilde catalán, hijo de andaluces o de extremeños, ve el cielo abierto, cuando alguien le dice que la culpa es del otro, que han expropiado su tierra, que los cuartos se van para Madrid, para Gijón, para Jaén, para tantos y tantos y para tantas y tantas salidas del mencionado desagüe de aguas fecales, que no se explica cómo somos tan tontos y tontos para seguir aguantando esto.

Y a él, a ese humilde catalán, como a usted, como a mí como a cualquiera, qué más le da que el país se llama España, se llame Cataluña, Mediterránea o como quieran llamarlo. Él, usted, yo cualquiera, lo que quiere es vivir en paz, poder levantarse cada mañana, ir a trabajar y luchar, vivir y aprender y que sus dirigentes no le roben ni le tomen el pelo. Es más creo, que tanto yo, como usted, si estuviéramos en Catalunya y viéramos lo que ellos ven, seguramente también seríamos independentistas. E incluso en ocasiones, nos dejaríamos manipular por personajillos como Más, primo de Rajoy o Rubalcaba, observando como la “Esperanza”, después de ganar en el Casino pasa a segunda fila, dejándonos huérfanos de soluciones para unos o de humo para otros. Que la fuerza os acompañe.

Sin peluca

Algunos van perdiendo la vida y otros la memoria. En apenas unos años, hemos perdido a cuatro de los siete “padres de la Constitución” –Jordi Solé Tura, Gabriel Cisneros, Manuel Fraga y Gregorio Peces-Barba– y ahora le ha tocado el turno a Santiago Carrillo, que también jugó durante la transición un papel relevante. Sin la figura del que fuera secretario general del PCE –con sus luces y sus sombras– no es posible explicar las claves de la transición española hacia la concordia y la democracia, dentro de una monarquía parlamentaria.

Algunas sombras de su biografía –la supuesta responsabilidad en las matanzas de Paracuellos– no deberían de empañar la contribución de Santiago Carrillo al espíritu de reconciliación que abrió a mediados de los años setenta las puertas a una España democrática. Era el momento de mirar hacia adelante y el líder comunista lo asumió después de fumarse con el Rey y Adolfo Suárez unas cuantas cajetillas de tabaco.

Hace ahora un año, antes de que su hijo Pepe Carrillo –rector de la Universidad Complutense de Madrid– iniciara el curso, tuve la oportunidad de entrevistar a los dos para el “Magazine” de El Mundo, aprovechando la visita dominical del primero a la casa de los padres. Fue una charla de más de una hora, distendida, en la que hablaron de la familia, de asuntos cotidianos y de la situación política.

En el despacho, abarrotado de libros y papeles, una de las primeras cosas que pude observar fue hojas de periódico subrayadas en rojo y un cenicero con colillas aplastadas. En medio de cierto desorden, también pude ver algunas fotos familiares de los años cincuenta, durante las vacaciones en un campamento de la Unión Soviética, así como la foto de la famosa peluca que paseó Don Santiago por Madrid, antes de ser detenido.

–¿Dónde ha ido a parar la peluca, Don Santiago?

–Creo que está ahora en el Ministerio de Cultura. Me la enseñaron hace tiempo y me la quisieron devolver, pero yo no la quiero para nada.

–Ni para enseñársela a sus nietos...

–Tampoco, porque yo a los nietos no les cuento mis batallitas, ni les hablo de la peluca. Es un tema que no les interesa.

A los 96 años, Santiago Carrillo vuelve a encenderse otro cigarrillo y sonríe, mientras el hijo recuerda y comparte conmigo algunas de las dudas que más le abrumaban en su infancia parisense. En primer lugar, “no entendía por qué éramos la familia Giscard, si hablábamos todos castellano. Como tampoco entendía que mi padre fuera contable, pues se pasaba el tiempo viajando. Lo normal es que hubiera sido viajante de comercio”.

Un año antes de morir, Santiago Carrillo se preguntaba en voz alta, entre cigarro y cigarro, ¿por qué el Partido Socialista –“el gran partido de la izquierda”, decía él– está haciendo la política de la derecha?

En esa mañana de domingo, junto a un grueso libro de memorias, ya no hay clandestinidad que valga. A su hijo le preocupaban los recortes de Esperanza Aguirre en la Complutense –otra baja importante– y la reunión que había mantenido unos días atrás Don Santiago con un grupo de “indignados” que le pedían información sobre movimientos políticos del pasado.

Aquí queda mi recuerdo de Santiago Carrillo, un año antes de que se fumara su último cigarro.

TORRE DEL GALLO



Javier Sanz

Ahora, al golf

Doña Esperanza Aguirre Gil de Biedma, Condesa y Grande de España, se retira de la primera línea de la política. Dimite de su escaño en la Asamblea de Madrid y de la Presidencia del Gobierno de la CAM. Vale. Si es por motivos de salud, suerte. Y disfrute de la vida, que la hay más allá de eso llamado política. Ahora, salvo que tenga que hacer algún bolo para poder llegar holgada a fin de mes, puede dedicarse a mejorar su handicap en el popular deporte, el golf. Los funcionarios de la CAM deberían regalarle unos palos de platino e iridio. De lo contrario quedarán como el barro.

Lloraba en su despedida y lloraba, pobre, su delfina, Lucía Figar. Aguirre, que patentó la marca “Madrid cañí”, es uno de los casos de mayor pintoquesquismo de la política española de los últimos treinta años, junto con Bono y a los que lleva camino de superar Rosa Díez, y se va dejando muchas dudas en tiempos difíciles. Deja por sucesor a un señor que: uno, no cae nada bien en Génova; dos: hace cuatro días se le investigaba por un ático en Marbella cuya procedencia parecía dudosa a quienes iniciaron las pesquisas. No problem: enfrente está Tomás Gómez, toda una garantía para seguir siendo rompeolas de las Españas. Y al lado Telemadrid, naturalmente.